

El señor Aguilar entró violentamente en la cámara del enfermo y dijo á los jóvenes estudiantes:

—Amigos míos, la cosa no tiene remedio, aquí esta el parte del general Zaragoza fechado frente á Orizava.

Felipe Cuevas tomó el papel, y lo leyó con voz conmovida.

Luego que terminó, todos quedaron en silencio, llenos de esa tristeza de desesperacion que se apodera del alma cuando la suerte hiere á un hombre ó abre un surco donde se levantaba el edificio de las esperanzas.

Manolo se salió recatadamente de la habitacion luego que se hubo enterado de cuanto pasaba, y se dirigió lleno de satisfaccion al punto de su cita.

CAPITULO V.

De como el general Gonzalez Ortega fué sorprendido en las cumbres del Borrego.

I.

“Quien quiera que venga á Orizava por Acultzingo, dice el elegante escritor Arroniz en su *Ensayo sobre una historia de Orizava*, ya sea en las horas solemnes del crepúsculo, ya cuando la luz meridiana esté en toda su plenitud, disfrutará de los encantos del hermoso paisaje que presentan sus montañas.

“No es por cierto una novedad para el que conoce el territorio mexicano. Este, por su configuracion misma, presenta en todos sentidos, vistas deliciosísimas; pero no hay duda que tiene algo de imponente y magestuosa, la que, al descender las *Cumbres*, contempla el viajero desde las eminencias de las revueltas del camino tajado en la montaña, que la ve dilatarse en la hermosa Cañada que llega hasta la ciudad de Orizava.

“Atribúyese á los paisajes de las montañas—decia un ilustre poeta—cierta sublimidad; y no debe dudarse que esta consista en la grandeza de los objetos.

“Esas palabras escritas á la vista del *Mont-Blanc*, explican las estrañas é indefinibles emociones que se sienten en Acultzingo á la vista de los horizontes y lugares que desde allí se observan.

“Al descender de las Cumbres, la vista del viajero no cesa un momento de admirar la inmensa variedad de paisajes que tiene delante: verdad es que al llegar á Acultzingo, y encaminarse á Orizava, los horizontes son menos profundos; la mirada no puede ir mas allá de las montañas situadas en el primer término del paisaje; pero entonces la grandeza de las montañas adquiere mayor magnificencia.

“Todo el trayecto comprendido entre Acultzingo y Orizava, así como el que de aquí corre hasta Córdoba, está cultivado.— Las haciendas de San Diego y la de Tecamalucan, situada esta á 1,402 metros sobre el nivel del mar y en la falda de las serranías, desde Acultzingo se estienden á Orizava las pintorescas aldeas de los Nogales (Ingenio), Huichapam y Tenango, rio de las Tórtolas, forman los centros de poblacion mas importantes que hasta llegar á Orizava se encuentran en esta pintoresca estension.

“Las montañas de la izquierda del camino de Acultzingo á Orizava, describen al Norte de los Nogales, un estenso rodeo hasta el cerro de *Tlachichilco*, que conocemos con el nombre del *Borrego*, las de la derecha se dilatan paralelas al norte, y en las faldas del cerro de San Cristóbal forman un ángulo y retroceden al sursuroeste, hasta perderse en las montañas de Tequila y Zongolica, que van por una parte á la costa de Sotavento, y por otra al Departamento de Oajaca.

“Desde el pueblo del Ingenio se nota la proximidad de un gran centro de poblacion. El nativo de estos lugares sabe que á poco andar divisa la ciudad donde están sus mas caras afecciones y sus esperanzas; sus recuerdos tristes ó alegres; y el viajero estraño é indiferente á estos sentimientos, comprende que va á llegar á la ciudad celebrada por los poetas, y notable,

así por los sucesos políticos de que ella ha sido teatro, como por la influencia que directamente ha ejercido en los vaivenes de nuestras revoluciones políticas.

“Las montañas mas notables que rodean y limitan nuestro valle, son las de San Cristóbal y las que se desprenden de ella á distancia de ocho ó diez kilómetros, se encuentran los cerros de Tuspango, Chichahuastla, sitio misterioso que la imaginacion de los indigenas hizo teatro en su tiempo de sucesos sobrenaturales, segun la leyenda, y el de Cuautlapan, especie de santuario gentilico, como el de Escamela, donde los habitantes primitivos del valle iban á hacer sus adoraciones. A menos distancia y al E. N. E., está el cerro de Buena-Vista, cuyo nombre indica terminantemente su situacion con respecto al valle y las otras montañas de Orizava.

“El cerro de Escamela se levanta en la estensa llanura de su nombre; de él se desprende hácia el Oriente, un pequeño ramal entre la hacienda del Jazmín y el rancho del Espinal, aislado completamente del resto de las serranías vecinas: desde las alturas de Jesus María presenta una vista soberbia, con los por menores que presenta la vista completa de Orizava y sus cercanías.”

III

II

“El cerro mas próximo á Orizava y mas bajo de los que la rodean, es el de *Tlachichilco* ó *Borrego*. Hé aquí la fe bautismo de ese cerro, cuyo nombre conservará siempre la historia.

“En 1715, una parte de los indigenas del Ingenio, pidió hospitalidad á las autoridades de Orizava; estas no tenían terrenos donde poblaran aquellos emigrantes; pero el marques de Sierra Nevada que poseia, lo mismo que el conde del Valle, los que

en esta época limitaban á la poblacion en todas direcciones, les cedió, bajo ciertas reservas, la parte que llamamos barrio de Santa Anita. Entre estas condiciones les impuso la de que habian de dejar paso en las orillas del cerro de la Angostura ó sea el Tlachichilco, para sus ganados, que debian ir á pastar á sus tierras del Golfo.

“Establecidos, pues, los colonos allí, dieron al cerro el nombre de *Paso de los Borregos*, y en seguida el de *Paso del Borrego*, como así llaman á los restos de un puentecillo de cal y canto que existe en el punto que hoy llamamos Tlachichilco.

“Después se le llamó *Paso del Borrego*, hasta que hoy se generalizó el nombre, aplicándose también á la pequeña sabana que le separa de la poblacion, y se le llama cerro y llano del *Borrego*.

“Esta montaña, que goza hoy día de cierta triste celebridad, figuró también en la guerra de nuestra independencia.

“En sus faldas se pasea en ciertas épocas del año nuestra poblacion. Su aspecto es árido y triste en la parte más próxima á la ciudad, cuanto es risueña y pintoresca á medida que se estiende al Oriente y se une á las serranías del volcan.”

III.

El ejército del general Zaragoza se dirigia á la toma de Orizava después de la memorable batalla de Barranca Seca.

El 5 de Junio habia llegado el general Gonzalez Ortega á la ciudad de Puebla, donde fué acogido con el mayor entusiasmo.

Ortega ha sido uno de los hombres más populares como caudillo de la revolucion progresista, su fortuna como soldado ha sido grande, y si alguna vez la suerte le ha negado sus favores, no por eso ha desmerecido en sus cualidades de valor y patriotismo.

México lo recordará en las páginas más gloriosas de su his-

toria, el viajero pronuncia con emocion su nombre en los desiertos campos de Silao y Calpulalpam.

La adversidad sigue los pasos del bravo general, y esta circunstancia nos favorece para colocarlo en el puesto histórico del cual han tratado de arrojarlo sus adversarios después de la pérdida de Puebla en 62, y en el que lo sostiene el sentimiento nacional.

Ortega ha tenido sus errores como todo hombre público, pero como patriota, México se honrará en presentarlo entre sus hombres cuando las pasiones hayan desaparecido en la tumba abierta á la actual generacion.

El general Zaragoza ofreció el mando en jefe del ejército á su antiguo general; este hecho pone en relieve la hidalguía y caballeridad del héroe del 5 de Mayo.

Ortega le contestó que se honraria en militar á las órdenes de tan bravo caudillo.

Acciones como esta son dignas de un corazón republicano en la heroicidad sublime de sus sentimientos.

IV.

Zaragoza intimó rendición á la plaza de Orizava, dirigiendo una comunicacion fechada en Tecamalucan á 12 de Junio de 1862:

“Tengo datos para creer que usted y los gefes y oficiales de la division de su mando, han remitido una protesta al emperador, contra la conducta del ministro Saligny, por haberlos arrastrado con engaño á una expedicion contra un pueblo que antes de ahora ha sido amigo del pueblo frances. Esta circunstancia, y el conocimiento de la situacion difícil que guarda el ejército frances y el deseo de procurarle una retirada honorífica, me deciden á proponer á usted una capitulacion, cuya base

principal sea la evacuacion del territorio de la República en un tiempo convenido.

“Creo que mi gobierno no reprobará este nuevo llamamiento á la paz; porque sin traslimitar mis atribuciones, puedo evitar el derramamiento de sangre de los hijos de dos naciones á quienes solo el error y la intriga han podido hacer aparecer como enemigos, y este pensamiento ha sido el del gabinete constitucionalista desde el principio de la invasion.

“Si no acepta este ofrecimiento hecho á la parte de los franceses que vienen de buena fe, habré llenado mi último deber en la vía humanitaria, y procederé á cumplir con las órdenes que tengo, pesando entonces la responsabilidad de lo que venga, únicamente en los que se han obstinado en una empresa condenada por la razon y la justicia.—*F. Zaragoza.*”

Laurencez reunió á los gefes de su ejército para consultar sobre la nota de Zaragoza, desconfiando de su opinion; porque desde la derrota de Puebla andaba medio loco el pobre general en gefe.

Despues de muchos proyectos de contestacion, dirigió una evasiva que es como todos los documentos franceses, un tegido de mala fe y subterfugios.

Ocurriósele al desdichado Laurencez declinar la responsabilidad de una decision puramente reservada al gefe de un ejército, en un plenipotenciario.

Hé aquí la célebre nota del derrotado de Puebla.

“Cuerpo expedicionario de México.—Gabinete del general comandante del cuerpo.—No hallándose revestido por su gobierno el general en gefe de las fuerzas francesas en México, de los poderes *políticos*, que los ha conferido todos á M. de Saligny, le es imposible entrar en la vía de las negociaciones que le es propuesta por el general Zaragoza. El ministro de Francia es el único que tiene autoridad para recibir proposiciones de esta naturaleza.—Orizava, Junio 12 de 1862.—*El general conde de Laurencez.*”

Entrar en relaciones con el infame que habia violado los preliminares de la Soledad y declarado que su firma valia menos que el papel en que estaba puesta, era rebajar la dignidad de la República.

Zaragoza dispuso su ataque, y sin hablar una palabra, se dirigió con su ejército en son de guerra á los alrededores de Orizava.

V.

El dia 13 de Junio llegó Zaragoza con su ejército á una milla de distancia de la garita de Orizava, mientras la division del general Ortega, atravesando el camino de Maltrata, estaria en la tarde del 13 ó mañana del 14 en el cerro del *Borrego*, que como hemos visto, se interpone entre la garita y el casco de la ciudad.

Zaragoza contaba con que el enemigo, batido en su flanco derecho y aislado de su primera línea, tendria que retirarse á la iniciacion del movimiento, y la batalla estaba ganada.

Zaragoza dispuso su ataque que debia comenzar á las once y media del 13, y el fuego de sus armas seria la señal á Ortega para que cargase sobre el punto de la Angostura simultáneamente con las columnas de su campamento que se arrojarian sobre la posicion.

La derecha de la batalla la ocupaba el general Berriozábal, la izquierda el general Antillon, y el centro y reserva la division Negrete y veintidos piezas de batalla á uno y otro lado del camino.

A la hora señalada se rompió el fuego; pero desde luego se observó que los franceses no eran inquietados.

—Ortega aun no ha llegado, dijo Zaragoza, mañana al amanecer daremos el asalto.

Pasóse el día en pequeñas escaramuzas, no sin una grande ansiedad, en espera de la ocupacion del *Borrego*, punto objetivo de la combinacion.

Zaragoza pasó en vela la noche, recorriendo su campo y temiendo una salida de los franceses.

El hombre del 5 de Mayo no sería jamás vencido por el enemigo extranjero.

Pocos meses despues, amigos y adversarios, decian con voz solemne: *ya estaba escrito!*

VI.

El general Gonzalez Ortega habia hecho una peregrinacion que formará época en nuestra historia.

Las cuestas de Maltrata no han recibido hace muchos años el golpe de la barreta.

Ortega tuvo que enviar una seccion de zapadores que fuera separando las piedras y la yerva que obstruia la antigua vía.

Entre aquellas rocas caminaban nuestros sufridos soldados, llevando en muchos puntos la artillería en peso.

Conservando en lo posible su formacion, atravesaba aquel valiente ejército las rocas y las malezas, perpétuo y terrible obstáculo para una marcha en que se contaba minuto á minuto su duracion.

Llegó la noche, y las sombras formaron un denso velo que no podia romperse con el fuego de las hachas, porque el enemigo se apercibiría y la combinacion estaba perdida.

Entonces con un entusiasmo heróico, aquí desbarrancándose un grupo de infantes, allí, quebrándose el armon de una pieza, mas allá desgranándose las ruedas de un carro, allá rodando un caballo en el abismo, siguió la pesada marcha del ejército en un silencio sombrío, precursor acaso del desastre.

Aquella tropa de héroes merecia la victoria.

Repentinamente se alzó un murmullo casi imperceptible que circuló desde las primeras filas hasta las últimas, como un golpe de viento sobre las espigas de un sembrado.

—El ejército estaba sobre la cima del *Borrego*.

A corta distancia se veian las luces de la ciudad y las fogatas del campamento enemigo; hasta el toque de las campanas se escuchaba en la cima de la montaña.

Ortega hizo conducir media batería de montaña á tiro de pistola de la garita.

Al amanecer, los franceses se encontrarían flanqueados y en toda regla debían retirarse hácia el flanco izquierdo y defenderse en la ciudad.

Zaragoza habia concebido el plan mas seguro, y su combinacion no podia turbarla sino esa mano invisible de la fatalidad.

Organizáronse las columnas en el mayor silencio.

El 4º batallon de Zacatecas sostenia la posicion avanzada.

Las piezas tenían descubiertos sus fuegos sobre la garita y la ciudad.

Practicóse violentamente un camino hácia la cima del cerro, por donde apenas cabia un infante.

En aquel punto se colocó el Batallon de Durango y el 1º de Zacatecas, luchando con las dificultades del terreno y la oscuridad de la noche.

El valiente general Llave y coronel Pedroza quedaron á la vanguardia del ejército.

Cierto es que el general Gonzalez Ortega no habia podido llegar el 13 á las *once y media*; pero se encontraba dispuesto para el asalto que debia tener lugar el 14 á la madrugada.

El general dió parte á Zaragoza de que su ejército ocupaba la eminencia del *Borrego*, señalada en el plan de operaciones para el próximo asalto á la ciudad de Orizava.

VII.

En el campamento frances reinaba una grande inquietud, Laurencez y Saligny se paseaban tras uno de los parapetos empeñados en una conversacion acalorada.

—Señor conde, decia Laurencez, estamos perdidos, no creo en el éxito de un asalto; pero el sitio es infalible, á esta hora debe estar interrumpido el camino de Veracruz.

—Es necesario pensar, respondió Saligny, porque el negocio está muy sério.

—Me habiais dicho que nos recibirian con flores, y no son malas las que nos ha enviado todo el dia en sus granadas el enemigo.

—Almonte me ha engañado como á un chino.

—No debiais haber creido en la palabra de ese hombre que vive en el mundo de las ilusiones.

—Ya lo veo.

—Ahí le teneis dando decretos, queriendo volver su papel dinero, y despues derogando los acuerdos que ayer le parecian excelentes.

—Eso me tiene sin cuidado, porque al gefe supremo no hay quien lo obedezca, y si Zaragoza toma Orizava, será al primero que cuelgue de una almena.

—Lo deseo ardientemente, porque me ha expuesto al bochorno de una derrota, estoy seguro que S. M. el emperador me va á destituir.

—Ya he escrito que no teneis culpa alguna en el descalabro del 5 de Mayo.

—Yo estoy perdido en el presente y en el porvenir.

—Mañana va á ser un dia funesto para nosotros.

—Mucho lo temo, porque la tropa comienza á perder la moral.

—Eso sí me asusta.

—No obstante, estoy seguro de rechazar á Zaragoza.

—No creais que se lance así no mas sobre las trincheras, eso seria una gran fortuna para nosotros, porque la derrota era inevitable.

—Qué hora teneis?

—Las doce y media.

—Durmamos un momento.

—Yo velo esta noche, señor ministro.

—Buenas noches.

El conde Laurencez siguió sus paseos entregado al dolor de sus pensamientos.

VIII.

—Quién vive? gritó el centinela del parapeto al oir el galope de un caballo.

—Amigo! respondió el ginete.

—Alto!

D. Fernando Moncada, que se hallaba en el Estado Mayor de Laurencez, salió precedido de una patrulla á reconocer al hombre del caballo que se acercaba á hora tan avanzada de la noche.

Reconociéronse Manzanedo y don Fernando.

—Gracias á Dios, dijo Manzanedo, que os encuentro, señor conde.

—Mucho debe importaros, donde os atreveis á atravesar entre el campamento enemigo.

—Sí, mucho; vengo á avisaros que estais perdidos.

—Eso ya lo sabemos, mi presencia aquí os lo puede anunciar, he querido morir matando, y soy ayudante del general Laurencez.

—Este incidente favorece mi empresa, conducidme al cuartel general.

—Es en vano, aquí está Laurencez.

—Necesito hablarle.

—Venid, amigo Manzanedo.

—Estoy muerto de cansancio, casi no puedo andar.

—Apoyaos en mi brazo.

IX.

Los dos aventureros se dirigieron al parapeto donde el general se paseaba aún agobiado por lo terrible é imponente de su situación.

—Señor general, dijo don Fernando, aquí os busca una persona.

—Le habeis reconocido?----- ¿viene desarmado?----- ¿quién es?----- ¿á qué viene?----- ¿qué me quiere?----- Llevadlo preso al momento.

—Es un amigo mio que trae un negocio de importancia.

—Ah! es vuestro amigo, vos me responderéis de un atentado-----

—Con mi vida, señor general.

—Pues que adelante, y pronto, porque yo tengo algunas cosas importantes de que ocuparme.

Adelantó Manzanedo, y saludando apenas á Laurencez, le dijo:

—Una persona que vos conocéis, y que se halla en Puebla en estos momentos, me envía á comunicaros una noticia en que va vuestra existencia y la del ejército frances.

—Hablad, ya sé quien os envía.

—El general Ortega se ha desprendido del campo de Zaragoza, y por las cuestas de Maltrata y esta noche llegará al cerro del *Borrego*.

—Es imposible, caballero! he practicado esta tarde un reconocimiento y no hay camino posible.

—Señor general, vos no conoceis á Gonzalez Ortega.]

—Y qué importa? ese hombre no puede hacer milagros.

—Creedme, señor general, el ejército republicano os flanqueará mañana al amanecer.

—Voy á practicar otro reconocimiento y á poner á mis exploradores, esta misma noche os daré mis instrucciones para que volvais á Puebla.

—Estoy á vuestras órdenes.

—Alojaos en el cuartel general.

—Me quedo en la garita con vuestro ayudante Moncada.

—Como gustéis.

Laurencez mandó á sus exploradores, que regresaron dándole la noticia de que las fuerzas republicanas habian ocupado el cerro del *Borrego*.

X.

El ejército de Gonzalez Ortega estaba rendido de fatiga por marcha tan trabajosa.

Luego que entraron en calma, los soldados se entregaron al sueño fiados en la vigilancia de las guardias.

El oficial que custodiaba las piezas avanzadas á la primera línea, y que habia hecho el camino á pié, se rindió al sueño.

Laurencez formó una columna con los soldados del 99 de línea y encomendó la expedicion á uno de sus gefes mas avisados.

El general frances jugaba el todo por el todo.

Si sorprendia á Ortega, la cuestion se aplazaba; si Ortega se mantenía firme en sus posiciones, era necesario retirarse y despues capitular.

La columna avanzó lentamente sobre la falda del cerro en el mayor silencio y con todas las precauciones de quien va á sorprender á su enemigo.

Ligeros como el rayo, rápidos como el golpe telegráfico, se lanzaron sobre las piezas y acuchillaron á los artilleros.

Avanzaron decididos sobre el batallon de Zacatecas, que estaba en un profundo sueño, y comenzaron á asesinar á los infelices soldados.

Apercibido el general Llave de lo que pasaba, dejó oír su voz en medio de aquel terrible desorden; y lanzó á los soldados que pudo organizar sobre los asaltantes, trabándose un combate sangriento en la oscuridad de la noche.

El enemigo fué rechazado y sus fuegos apagados por un instante.

El general Ortega conservó su sangre fria en aquellos momentos, segun aparece por las órdenes que dió sobre el campo.

Dispuso que el general Llave se encargara de las compañías del 4º batallon, no obstante que habia perdido la moral, segun avisó el general Llave, y que siguiera ocupando su puesto sin ceder un palmo al enemigo.

Mandó que el general Alatorre, con dos compañías del primer batallon de Zacatecas, reforzara al general Llave.

Ortega se quedó en el centro, que era el punto que estaba defendido.

XI.

Laurencez, que habia logrado su objeto, quiso completarlo y envió una fuerte columna luego que percibió que sus fuegos habian sido apagados.

Antes de las cuatro de la mañana y en medio de una densa oscuridad, se renovó el combate en una lucha reñida y san-

grienta, sosteniéndose el ataque en los dos puntos en que estaba el ejército de Ortega.

El combate dió por resultado la muerte del coronel que quedaba del otro batallon de Zacatecas, Dagoberto García; del teniente coronel del batallon de Durango; y Fortunato Alcocer cayó espirante á los pies de su bandera.

Yacian tendidos en el campo presa de heridas mortales, el gefe de Durango, el teniente coronel del batallon que poco antes habia perdido á su coronel, y el general Llave.

Alatorre quedó cortado sin que le fuera posible reunirse á la fuerza de Ortega, que luchaba desesperada defendiendo el centro de sus posiciones.

Sin gefes, y con multitud de heridos, sin tener donde colocarlos, sino en el pequenísimos terreno que ocupaban las fuerzas, lleno de arbustos, de peñas y de barrancas, se resolvió Ortega á hacer un último y supremo esfuerzo, alentó con voz de trueno á sus soldados y oficiales en medio del fuego que sostenian al subir las fuerzas francesas la cima de la montaña.

Trabóse de nuevo la batalla con un encarnizamiento espantoso, y solo se oía en la oscuridad el choque de las bayonetas y el alarido salvaje de la matanza.

Los tiros se disparaban á quemaropa y sin saber quien daba la muerte ni quien la recibia.

Las tinieblas envolvían en un manto de muerte á los combatientes.

En medio de aquella confusion espantosa se oía el acento aterrador de Ortega, que llamaba en torno de sí á sus soldados y los excitaba á combatir como buenos.

Aquella voz que el bravo general queria que fuese una bandera para sus soldados, una bandera de fuego que se distinguiera entre el seno de la oscuridad, atrajo á los franceses que buscaron con sus bayonetas el pecho de donde salia.

Acercóse un soldado frances, percibió al general Ortega y se lanzó para darle la muerte; pero el jóven Joaquin Ortega, que

tenia preparado su revolver, lo disparó sobre la frente del soldado, que cayó muerto á los pies del general.

XII.

Aquella confusion no podia durar, era necesario poner un término al combate, porque aquella zambra mortífera era la precursora de una completa derrota.

Los clarines comenzaron á tocar retirada.

Ortega comenzó á hacerse centro de sus batallones, y luchando palmo á palmo, y muriendo y matando, y dejando un reguero de sangre en las rocas del camino, se puso fuera del alcance de los franceses, sin que estos quisieran aventurar su triunfo en una marcha infructuosa.

Laurencez habia logrado desalojar á Gonzalez Ortega de la cuesta del *Borrego*.

Aquello sin duda era una victoria.

Ortega se detuvo á doscientas varas del enemigo, y con el resto de su ejército esperando las órdenes de Zaragoza para ayudarle en su movimiento.

A las nueve de la mañana, comprendiendo que el plan estaba frustrado, atravesó las cuestas y tomó cuarteles en el pueblo de Jesus María, donde fecho su memorable nota que se registra en la historia, el 14 de Junio de 1862.

Ortega, siguiendo la ley invariable de la guerra, lleva sobre sí la responsabilidad de esa derrota.

Los esfuerzos heróicos del mariscal Ney no han podido absolverlo en la derrota de Waterloo.

Zaragoza absorbe los rayos de gloria que alumbraron á todo su ejército, y su nombre se saludará único en los recuerdos nacionales.

XIII.

Al amanecer de ese dia funesto y en los momentos en que Ortega era sorprendido en la cima del *Borrego*, Zaragoza rompió su fuego de artillería sobre el enemigo.

Laurencez, seguro con la victoria alcanzada sobre Ortega y viendo cubierto el flanco por donde hubiera recibido la herida mortal de la derrota, contestó con sus cañones los disparos del campo republicano.

El general Santiago Tápia cayó herido á los primeros disparos.

Zaragoza estaba sombrío como la fatalidad, atravesaba en todas direcciones recorriendo su batalla, los proyectiles se arrastraban á los pies de su caballo, parecia que la muerte lo seguia de cerca sin osar á aquella existencia reservada á la mano poderosa de Dios.

Unos oficiales dispersos trajeron al campo la noticia del desastre.

Entonces ya no habia mas que retirarse á meditar un plan nuevo para dar un golpe seguro al enemigo.

Zaragoza no queria retirarse á la luz del dia.

Laurencez, envalentonado y orgulloso con su triunfo microscópico, adelantó una columna al campo republicano, creyendo poder arrollar á los soldados de Puebla.

Brilló en el rostro de Zaragoza una irradiacion de gozo invaje.

Mandó callar su artillería, mientras Berriozábal organizaba sus columnas.

Luego que los franceses se acercaron á tambor batiente y paso redoblado, protegidos por sus cañones rayados, á una distancia de doscientos méetros, Zaragoza mandó romper el fuego,